

Y quisiera morir..... pero en tus brazos
 Con la embriaguez de la pasión más loca,
 Y la luz de mi vida se apagara
 Al soplo de los besos de tu boca.

JUSTO SIERRA.

CRISTOBAL COLON.

¡Oh Colón! para hacer de tu renombre
 Eco digno mis pálidos cantares,
 Yo necesitaría
 Encontrar otro mundo en la poesía
 Como el que tú encontraste entre los mares.
 Nunca tanto osaré; si el arpa mía
 Alza himnos de alabanza á tu memoria,
 Cumplo un santo deber de americano:
 Ave del Oceano,
 Grandioso pedestal de tu victoria,
 Plugo al cielo inmortal darme por nido
 El nido de tu gloria;
 Por eso tu recuerdo, enternecido,
 Llamo del seno del sepulcro adusto;
 Surja tu sombra de sus piedras santas,
 Y mi musa feliz, mendigo augusto,
 Doblará la rodilla ante tus plantas.

¿Quién es? ¿Qué afán le guía?
 ¿Qué busca ese hombre en los perfiles rojos
 Del remoto Occidente?
 ¿Por qué ese eterno pliegue en esa frente,
 Por qué esa eterna llama en esos ojos?
 ¡Un visionario, ah! sí—Cuando ha dejado
 La sombra un horizonte; cuando avanza
 Del corazón en lo infinito una hora,
 Rayo de luz que basta á la esperanza
 Para encender en el zafir su aurora;
 Cuando aparece un astro en el Oriente
 Mostrando al hombre en el dolor su ruta;
 Cuando bebe un anciano la cicuta;
 Cuando el sol de los libres centellea
 Y un profeta agoniza en el Calvario,
 Es que la augusta antorcha de la idéa
 Brilla en manos de un pobre visionario.
 Hijos del sufrimiento Dios los hace—
 ¡Ineluctable ley! La vida nace
 De la muerte, el amor crece en el llanto,
 Nace la lucha ardiente de la calma,
 De la tumba la miel que acendra el lirio,
 Y el pensamiento del dolor del alma,
 Y el humano progreso del martirio.

¿El génio es por ventura
 Un signo de expiación sobre la tierra?
 ¡Humanidad! viajera de las ruinas

Siempre en pos de las huellas misteriosas,
 De esas grandes figuras dolorosas
 Coronadas de espinas;
 Tú has sido su verdugo—ellos vivieron
 Al calor de tu hogar—ellos vertieron
 En tu cáliz su sangre gota á gota,
 Desde el dolor con llanto de la cuna
 Hasta el dolor, sin llanto en la picota.
 Llega después el porvenir y cubre
 Los insepultos cuerpos, con fulgente
 Mortaja de oro y púrpura, que iguala
 A la túnica roja del demente,
 Y solo entonces al decir sus nombres
 Sentimos en el pecho
 Como un orgullo inmenso de ser hombres.

Vosotros sed benditos
 Por vuestra fé, por vuestro puro anhelo;
 Una lámpara es nuestra existencia,
 Encendida en la noche de este suelo
 Para alumbrar las gradas tortuosas
 De la eterna espiral que sube al cielo.

Bendito tu, Colón, nauta arrogante
 Que quisiste el abismo de tu alma
 Del abismo del mar poner delante,
 Y escuchar de ese abismo en la presencia,
 En las ardientes playas españolas,

La gran revelación de tu conciencia
Mezclada con el ritmo de las olas.

De rodillas, atónito, aceptaste
La unción del porvenir sobre tu frente,
Y rey te levantaste—
Y los reyes te vieron, peregrino
Mostrar entre las olas encrespadas
El invisible trazo de un camino.
A tus espaldas, soñador austero,
En vez de un mundo misterioso, vian
Las alforjas sin pan del pordiosero;
Y pedistes en vano
Un puñado de oro á su escarcela,
Dando un reino perdido en l'Oceano
Por una carabela:—

«Para alzar de la noche un hemisferio,
Edén de amores que la mar engasta,
Dadme un punto de apoyo, les dijiste,
Que la palanca de la fé me basta.»—

—El corazón de la mujer tuviste—
Y tendiendo á los vientos la ancha lona,
Marchastes á pedir á lo ignorado
Tu sublime corona.—
El Océano ante tí tendió admirado
De la fiera borrasca el velo denso;

Tú ibas en pos de tu ideal soñado,
Sólo, tranquilo, inmenso.
Nada te pudo detener, ni el hombre
Uniendo á la del mar su saña impía.
Cuando la aurora en el zafir marcaba
Con su aguja de oro tu agonía,
Tú en pié en la proa del bajel hispano
Clamaste con acento sobrehumano:
«En el nombre de Dios Omnipotente,
En cuyo arbitrio la creación se encierra,
¡Despierta, continentel!»
Y como un eco enorme, de repente
Gritó una voz en lontananza: «¡Tierra!»
Qué mas puedes desear, nauta atrevido
Las alas de la muerte ya recobra,
Hombre á quien el Creador ha permitido
Colaborar en su obra.—
Gracias á tí, nuestra incompleta esfera,
Átomo de topacio,
Ha tendido su vuelo en el espacio;
Gracias á tí, los astros radiantes,
Celeste floescencia de la noche,
Son para el mundo, en el dolor proscrito,
Soles girando en órbitas gigantes
En un punto del éther infinito.—
Gracias á tí, la humanidad avanza;
Y si se aleja Dios, si el ser oculto
A l' alma inteligencia

Vive en la inmensidad de una esperanza,
 Esa esperanza sola es la conciencia.—
 Gracias á tí—¿Qué mas desear? Tan solo
 Una aureola á tus cabellos canos,
 La mas noble de todas, la mas bella,
 La torpe ingratitud de los tiranos.—
 La tuviste ¡feliz! Cuando premiaba
 El cielo con un mundo
 Tus dolorosas penas,
 El hombre te ligaba
 Al borde de la tumba con cadenas.—
 Mártir padre de América; el futuro
 En la hora fatal de su justicia
 Te hará salir de tu sepulcro oscuro,
 Un himno estallará de polo á polo,
 Y tu América entonces, santo anciano,
 Hará de tu corona de martirio
 El sol de su apoteósis soberano.—
 Cuando llegue ese instante,
 Poned en la balanza, grandes reyes,
 Vuestro sol sin ocaso, vuestras leyes,
 De vuestro nombre el ominoso culto,
 Vuestra justicia que era la venganza,
 Vuestro triste perdón que era el insulto;
 Y pón, historia humana escarnecida,
 Del otro lado de la fiel balanza
 Los grillos de Colón.—Que Dios decida.

Marzo 14 de 1873.

Salvador Diaz Miron,

ESTANCIAS.

A DOMINGO A. DIAZ.

Bienaventurados los que lloran.

Oh! los infortunados de la vida
 Son felices aún! El sufrimiento
 Es la palpitación del ala herida,
 El ánsia de la fuerza comprimida,
 La mas alta expresión del sentimiento!

El fuego del dolor es cual la llama
 Del vaso en que la mirra se consume:
 Purifica y eleva y embalsama;
 Trueca el acíbar áspero que inflama
 En delicado y celestial perfume!

El pesar es poeta y es creyente:
 Las lágrimas son gotas de rocío;
 La tristeza es el nimbo de la frente,
 Es el vuelo del ángel esplendente
 Por encima de fêretro sombrío!

La pena es el Calvario milagroso:
 La prueba y la virtud de la grandeza:
 El buitre inseparable del coloso;
 El piélago salubre y espumoso
 De donde surge la inmortal belleza!

Padecer es gozar de una ventura:
 Seguir la inabordable lontananza;
 La fe perdida ó la ilusión futura. . . .
 La dicha, que se ignora mientras dura,
 No es más que la memoria ó la esperanza!

La desgracia es la madre macilenta
 De los hombres sublimes de la historia;
 El génio es una nube de tormenta:
 Destroza el corazón en que revienta,
 Mas deja un frio póstumo la gloria!

¿Por qué insultas los fúnebres despojos
 De tus extintas horas apacibles,
 Y con un rayo irónico en los ojos,
 Dices que los recuerdos son abrojos
 Y las aspiraciones imposibles?

Venera tu aficción, alma sencilla!
 Consagra el ataúd de tus amores!
 Los muertos radian cuando el cirio brilla,
 Cuando el duelo enlutado se arrodilla
 Ante la huesa para echarles flores!

Bendice la inquietud de tu destino!
 Reverencia el pañal como el sudario!
 Tu afán es el augusto peregrino
 Y al fin de la fatigas del camino,
 Resplandecen las puertas del santuario!

No te arredres, oruga, por la fosa
 En que hoy como un cadáver te despeñas;
 No te aterres mañana mariposa,
 Porque toques la espina de la rosa,
 Porque te quemes en la luz que sueñas!

FEDERICO CARLOS JENS.

AL NIÑO HORACIO ARREDONDO,

(DE OCHO MESES.)

En el rostro inocente de su hijo
Cifrando su placer y su ventura,
Vela la madre con afán prolijo,
Reecostada en los bordes de la cuna.

En su anhelo quisiera, conmovida,
Trasformar ese lecho en un palacio,
Y sueña con las glorias de la vida
Para dárselas todas á su Horacio.

De la cuna los níveos cortinajes
En la alcoba resaltan con anhelo,
Así cual se destacan los celajes
Sobre el fondo purísimo del cielo.

A un niño guardan, cuya hermosa frente
Es tan blanca y tan pura cual armiño,
Donde posa sus lábios dulcemente
Con un beso el arcángel del cariño.

Acaso en aquel ósculo le envíe
Dios un saludo desde la alta esfera,
Porque el niño, durmiendo, se sonríe
Cual si toda su dicha comprendiera.

¡Ay! goza, goza tu placer profundo
En ese sueño que no encierra enojos,
Pues verás los horrores de este mundo
Cuando abras luego tus divinos ojos.

Disfruta luego las delicias y el consuelo
De la inocencia, que no tiene nombre,
Que esa ventura que te brinda el cielo
Después la mata sin piedad el hombre.

Ama á tu madre, que con fe te adora,
Aunque del mundo la ambición te llame;
Enjúgale sus lágrimas si llora,
Y por tí nunca, nunca las derrame.

Siempre tus pasos al honrado sigan,
De tus padres haciendo la fortuna,
Para que ellos, Horacio, te bendigan
Cual hoy que te bendicen en tu cuna.

Jose Peon y Contreras.

VUELVE.

Vas á buscar espacios y horizontes
Y dejas tu verjel?
Vas á quemarte al sol de extraño clima
Ave canora? vé!
Vél..... si en un día de dolor, te acuerdas
De tu pasado bién;
Piensa en tu hogar que silencioso queda,
No dejes de volver!
Ya sé que vas henchida de ilusiones,
Que sueñas un Edén,
Que miras triste la enramada verde
Que tu palacio fué;
Que te parece lóbrega y siniestra
Su agreste sencillez;
Que ya no cantas como tú solías
Cantar... ¡todo lo sé!
Pero si acaso un día te arrepientes
Ave canora, ven;

Aquí está el lecho de esmeralda y oro
 Donde te ví nacer;
 Aquí están el estanque, la hortaliza,
 La ruínosa pared,
 Y el cercado cocal, donde volaste
 Por la primera vez;
 Aquí está todo cuanto tú querías,
 Aquí mi amor también;
 Yo no te olvido nunca ¡si padeces,
 No dejes de volver!

INDICE

	Páginas
JOSE JOAQUIN FERNANDEZ DE LIZARDI . . .	5
<i>El Pensador</i> .—Ninguno diga quién es, que sus obras lo dirán . .	13
Letrilla	20
Soneto hecho el miércoles de ce- niza del año de 1811	23
Himno á la Divina Providencia . .	24
VICENTE RIVA PALACIO.—A Orizaba . . .	33
IGNACIO AVILA VAZQUEZ.—Orizaba	36
JOSE M. BANDERA.—Soneto (inédito) á la simpática cantora de Orizaba se- ñorita C. P.	40
ANTONIO PLAZA.—A la Luz.—Canción . .	71
A Rosario.—En su álbum	44
Prix.—Soneto	46
Mi voto.—Soneto	77
Fé.—Soneto	48
A la Memoria del Heróico Gene- ral Donato Guerra	59